



Ilustración: Joaquín Bourdieu

LOS OBREROS Y LA LEY DE LA INFELICIDAD DE MACRI

PAULA VARELA

Politóloga, docente de la UBA.

Del mismo modo que yo soporto mi vida, no a través de robos o limosnas, sino a través de mi propio esfuerzo, tampoco busco derivar mi felicidad a través del perjuicio o el favor de otros, sino ganarla a través de mis propios logros.

Ayn Rand

Y llegó el día en que Macri dijo: “Y también, si fuese por cuestión de leyes, saquemos en vez de una ley para conservar lo que tenemos, una ley que diga que por ley somos todos felices. Y ya está, ya lo resolvimos”. Se hizo un silencio y un tibio inicio de aplausos recorrió la sala en la que Triaca junior sonrió como quien festeja el chiste fácil de un amigo con pocas luces, y Marquitos se olvidó por un instante de su postal de ministro políticamente correcto y dejó emerger un rostro entre el desconcierto y la vergüenza ajena.

Así respondía el presidente de la Nación Argentina a la primera estocada de una semana difícil para el gobierno nacional: la media sanción en Senadores de la Ley de prohibición de despidos que se demora en llegar a Diputados. Esa frase fue la decodificación (a nivel de Macri) de la “ley de la felicidad” de su gurú Ayn Rand que encabeza este artículo: la felicidad no se decreta, se conquista con esfuerzo individual. Traducido al contexto actual: “señor trabajador, si quiere mantener su empleo no le pida al Estado una ley antidespidos, vaya y logre por su propio esfuerzo que su empleador no lo despida”.

Más allá de que la retórica del esfuerzo individual queda ridícula en la boca de un tipo cuya fortuna la construyó su padre a través de robos o limosnas del Estado (aunque éstos sean “legales” como lo son las *off shore*), lo interesante es que, en el mismo momento en que el Presidente les hablaba a los presentes

con la racionalidad individual randiana, los trabajadores le respondían con la racionalidad colectiva de más 100 mil laburantes y activistas sindicales en la calle. Esa fue la segunda estocada de la semana que marcó el fin de la corta primavera macrista y señaló, sin ambages, que el problema de Macri y sus globos amarillos no es Cristina y sus globos albicelestes, sino los miles de trabajadores que “compraron” que con el trabajo no se jode. Ese problema no solo lo tiene Mauricio, sino también Hugo (que es Moyano), Antonio (que es Caló), incluso Pablito (que es Micheli).

Recorreré las calles

Exactamente dos meses antes de la marcha del 29 de abril, las calles del centro emanaban cierto olor a década del ‘90: el agobiante 24 de febrero miles de trabajadores estatales y docentes, en conjunto con movimientos

sociales, copaban la Avenida de Mayo hacia la Plaza en el esperadísimo paro nacional de ATE. La postal tenía un poco de sabor amargo (aunque alegraba la inmensa cantidad de gente) para aquellos que ya marchábamos en la década del '90 porque la composición se parecía a quienes fueron, esa década, la vanguardia de la lucha social en el país: estatales, docentes y pobres urbanos. Esa amargura al final de la boca era porque se volvía inevitable una pregunta que nadie quería hacer (aunque circulaba en los abrazos de quienes nos encontrábamos con viejos activistas que habían dejado de protestar durante el kirchnerismo): ¿volvieron los '90?

Dos meses después, las calles del centro dieron su respuesta: NO. Primera lección para los que se desaniman con facilidad y, en ese desánimo, encuentran la excusa de la pasividad. No volvieron los noventa porque la clase obrera es otra en dos sentidos: en fuerza social y en generación. Y eso es lo que se vio parcialmente el 29 de abril. Los sindicatos como expresión de una clase obrera fortalecida en número por la ampliación del mercado de trabajo en los años de crecimiento económico del kirchnerismo, y cuyo núcleo duro eran jóvenes que, por edad, no vivieron las derrotas de la década del '90, jóvenes de lo que hemos llamado una “nueva generación obrera”. Para que vuelvan los '90, hay que neutralizar a esta nueva generación. Ese es el verdadero problema que tiene Macri, y junto con él, los dirigentes sindicales que estaban en el palco, porque su neutralización puede poner en peligro parte de los propios privilegios que conquistaron en estos años de empleo en alza. Allí radica la disyuntiva de lo que Diego Genoud llamó “un león herbívoro”¹.

La marcha del 29 puso de manifiesto el “límite” al retroceso que propone el macrismo, y ese límite no es el enjuiciamiento de Cristina ni la nostalgia de su baile en un balcón. Ese límite es *el trabajo*. Porque fue ahí que se forjó el pacto entre el kirchnerismo y las mayorías (y no en la honestidad republicana de un kirchnerismo que, por cierto, viene enriqueciéndose con el Estado desde su propio origen). Fue sobre el trauma del desempleo masivo de la crisis del neoliberalismo que el kirchnerismo pudo articular un pacto que, con viento de cola, fue un gran negocio para burgueses y burócratas sindicales. La combinación entre despidos (que volvió a colocar a la pérdida del empleo entre las primeras preocupaciones según las encuestadoras), salarios en baja y tarifas en alza, corren las murallas de ese pacto. La marcha del 29 abrió una oportunidad para que el malestar de esa corrosión se manifieste. Y lo hizo haciendo uso de algo que también es herencia de la crisis del neoliberalismo: la gimnasia de movilización, lucha y organización que el kirchnerismo (por mucho que intentó) no pudo meter del todo

en el palacio. Interesante tensión entre una Cristina que pide un “frente ciudadano” que dé “pelea” en las instituciones palaciegas, y miles de miles de trabajadores y trabajadoras que, ante la primera oportunidad salieron a dar pelea en la calle. Ese 2001 que no termina de morir... Pero más interesante aún es que los propios convocantes a la marcha usan la calle para desalentar la calle. No solo porque se hicieron esperar meses durante los que despidieron a miles, sino porque, al hacerlo sin paro, le dieron más el carácter de desfile que de demostración del poder de daño. Un desfile cuyo único horizonte, hasta ahora, es presionar en el ámbito del palacio a que se sancione la ley antidespidos (dando tiempo, por su parte, a las negociaciones entre el macrismo y el massismo). Tanto Cristina como Moyano se encuentran ante la paradoja de tener una convocatoria que no quieren hacer jugar en la calle, y de no tener los porotos necesarios (ni en el congreso, ni en el PJ, ni entre los sindicalistas) para jugar en el terreno al que apuestan.

Pero hay una segunda lección del 29A: esa clase obrera no está hoy fidelizada a ningún partido político con claridad. Como dijeron Martín Rodríguez y Pablo Semán,

La marcha del 29A tuvo un mérito: movilizar también la defraudación de quienes esperaban algo del gobierno hace unos meses. Puso en escena la transversalidad en la que se distribuyó el voto popular. No era una marcha policlasista pero sí, tal vez, “poli-electoral”².

Allí había votantes de Scioli, de Massa y de Macri, y (aunque en otra escala cuantitativa), también votantes del FIT que es, sin dudas, parte ineludible del escenario político nacional y que lo expresó con una columna diferenciada en la que marcharon distintos sectores antiburocráticos y clasistas, y de la que nadie pude dejar de tomar nota.

La foto de Wasiejko

Si uno mira el palco del 29A, hacia el lado derecho encuentra a Pedro Wasiejko, secretario general del Sindicato del Neumático (SUTNA) en ese momento y Secretario Adjunto (¿hasta dentro de poco?) de la CTA kirchnerista. Mientras él se encontraba allí, estaba perdiendo su sindicato a manos de un frente antiburocrático con fuerte presencia de la izquierda, el Frente Unidad (compuesto por las listas Negra -PO-, Roja -PRC- y Granate -PTS-) que ganó las elecciones por el 56 % de los votos. Nunca sabremos si su presencia en el palco (y no ganando votos entre sus afiliados) fue una muestra de exceso de confianza o la confirmación de que ya sabía que perdía la dirección del sindicato, dirección que detentó durante 16 años. Lo que sí sabemos es que esa postal muestra que tampoco

estamos en los '90 hacia el interior de los gremios.

Para entender el triunfo de este frente antiburocrático en el SUTNA (primer sindicato nacional industrial que gana la izquierda) hay que remontarse al año 2007 y el caso que dio inicio al sindicalismo de base fabril en la zona norte del conurbano bonaerense: el caso de Fate, que nosotros documentamos y analizamos en el libro *La disputa por la dignidad obrera*³. Dos años después, en 2009, la existencia de procesos de lucha y organización a nivel de fábrica y la presencia de la izquierda en ellos ocupaba las primeras planas de los diarios (y de la TV) con el conflicto de Kraft y la televisación del triunfo de la Lista Bordó en esa planta de la Alimentación.

Pero volvamos a Fate. En marzo de 2007 se desata una lucha por salario que, luego de 9 meses de intensa actividad, termina en la renovación del cuerpo de delegados y de la seccional del SUTNA San Fernando en manos del activismo obrero, desplazando a los viejos dirigentes sindicales. En el transcurso de ese proceso hubo cortes de Panamericana, marchas, asambleas e, incluso, una corrida a Wasiejko el 1 de junio de 2007, quien tuvo que esconderse en el edificio de la seccional hasta que lo pasó a buscar la combi del sindicato. Los protagonistas de esa lucha eran, mayoritariamente, jóvenes de entre 25 y 35 años (en ese momento) que conformaban la nueva generación de trabajadores, muchos de los cuales había ingresado a la planta post 2002. Jóvenes para quienes la defensa de sus derechos se había imbricado con la necesidad de cambiar a los dirigentes sindicales, para ocuparse ellos mismos de la representación de sus compañeros. Jóvenes que se volvieron militantes de sus derechos como colectivo obrero. Y, en esa experiencia, encarnaron una forma actualizada de sindicalismo antiburocrático con algunos rasgos clasistas.

Con la Lista Marrón⁴ hacemos una declaración de principios y un programa mínimo. En la declaración de principios figuran cosas como la rotación en los cargos, que un delegado puede durar en un cargo hasta dos mandatos (porque el mandato son dos años); los miembros de la Comisión Ejecutiva hasta un mandato; el delegado puede ser reelecto pero para un cargo más elevado, si se postula como miembro de la Comisión Ejecutiva; los de la Comisión Ejecutiva no pueden volver a elegirse como delegados, tiene que volver a la fábrica⁵.

Esto nos decía un activista en 2007. La declaración de principios a la que refiere incluía también: el método asambleario “para que se deje de decidir entre unos pocos y decidan todos”; que los delegados y representantes de la seccional trabajen “para no despegarse de la base” y “que no pase más que los dirigentes se queden »

en la oficina de la seccional”; y que los dirigentes ganen igual que cualquier trabajador.

Luego de ese proceso, la fábrica pasó por ofensivas de la empresa y por algunas derrotas que fortalecieron alas más conservadoras que las surgidas de ese activismo y abrieron la puerta a que los rasgos más radicales y clasistas de esa experiencia, como los referidos en la entrevista, perdieran fuerza. Sin embargo, fue aquel sindicalismo de base el piso sobre el que se desarrollaron diversas agrupaciones que permiten identificar, dentro de la propia izquierda, programas diferenciados hacia la organización de fábrica y hacia los sindicatos. El actual Frente Unidad es la combinación de esos sectores⁶ y su triunfo muestra que las contradicciones y retrocesos del sindicalismo de base surgido en la última década no es sinónimo de su clausura. Muy por el contrario, esa es la base sobre la que se desplegó una politización, o más precisamente una partidización, que puso sobre la mesa programas y estrategias que se disputan la orientación sindical y política de la nueva generación de trabajadores. Es esa experiencia la que, en un nuevo escenario de conflictividad, abre la posibilidad de fortalecer un sector clasista dentro de los sindicatos. En el ámbito fabril, al cierre de esta edición son las elecciones en el sindicato de la Alimentación (STIA) en el que se presenta la Lista Bordó encabezada por Javier “Poke” Hermosilla (Mondelez-Kraft) y Luis “Teto” Medina (Pepsico Snacks), surgidos del sindicalismo combativo y de izquierda en las principales fábricas alimenticias. Y unos días después, se eligen los dirigentes del sindicato de Jaboneros (SOJO) donde también se presenta la Lista Bordó con Franco Villalba (Alicorp, ex Jabón Federal) como principal referente. En cada uno de estos casos se juegan condiciones distintas signadas por la rama de producción a la que pertenecen (y la fortaleza o debilidad que eso imprime a las patronales), y por el peso relativo y las direcciones que están al frente de cada sindicato (es incomparable el poderoso STIA en manos de Daer, dirigente de la CGT en los ‘90, con la debilidad del SUTNA –único sindicato industrial de la CTA–, en manos de Wasiejko). Pero lo que los emparenta es que estas experiencias (a las que se suman las Comisiones Internas combativas que se conquistaron en la última década en distintos establecimientos), conforman un escenario al interior de los sindicatos que marca una diferencia sustancial con los ‘90, y se constituye como un piso mucho más favorable para el combate. Esto se combina con un paisaje variopinto que incluye a los SUTEBA, las juntas internas del Ministerio de Trabajo, de Economía y otras dependencias estatales, los

delegados antiburocráticos y clasistas de los hospitales como el Garrahan o el Posadas, el nuevo sindicato de prensa (SIPREBA), los aceiteros y decenas de agrupaciones clasistas con peso en sus lugares de trabajo.

Desigual y combinado

Ese clima neo-neoliberal de los primeros meses del año, con su discurso de modernización del Estado, sinceramiento de la economía y reinserción en el mundo, se encontró con el calorcito de los cuerpos (y los choris) de fines de abril. Pero del mismo modo que es un error fatalista considerar que podían volver los ‘90 sin beneficio de inventario, sería un error negligente considerar que la imagen del 29 en el monumento al Trabajo es la foto completa de la Argentina beligerante. En realidad, la panorámica combina las dos marchas, la de febrero y la de abril. La de los trabajadores en blanco que ingresaron al sector privado en la última década larga y construyeron una “expectativa de ciudadanía fabril”, y la de los trabajadores estatales y pobres urbanos que dependen del presupuesto nacional, provincial y municipal para su salario o su subsidio de supervivencia. Las fronteras entre unos y otros son más permeables de lo que parece y de lo que dirigentes sindicales hacen parecer. Como dijo Ottoboni, en FATE hay 300 tercerizados que ganan entre 7.000 y 8.000 pesos por mes⁷. Esos trabajadores, no solo son trabajadores pobres a nivel estadístico (lejísimos del impuesto a las ganancias) sino que son obreros que orillan la frontera entre la marcha de los obreros sindicalizados de abril y la de los pobres urbanos organizados en movimientos sociales de febrero. La realidad de esos 300 se multiplica por miles en todas las fábricas (desde las grandes terminales autopartistas hasta las pequeñas alimenticias). La unificación de la lucha de esos trabajadores con la de las nutridas columnas de los camioneros, unificación expresamente rechazada por la burocracia sindical (recordarán la famosa frase “no hay despidos, se les terminó el contrato” del bueno de Moyano), es parte obligada del “programa mínimo” de cualquier sindicalismo que se precie de antiburocrático y clasista.

Pero hay más para unificar en una Argentina cuyas luchas sociales (que son muchas y muy valientes) han sufrido la discordancia de los tiempos en las últimas décadas. En la misma semana de la marcha del 29, las universidades nacionales nos encontrábamos en pleno plan de lucha. Allí estábamos a pura clase pública ante la provocadora propuesta de 15 % de aumento salarial de aquí a diciembre y ante el escenario de recortes de todos los recursos de la universidad, desde la luz hasta

la investigación. Aunque un poco reacios a reconocerse como trabajadores, ese sector privilegiado en conocimiento y castigado en salario, también es parte de la Argentina beligerante. Y en su ayuda viene un movimiento estudiantil que desde hace mes y medio protagoniza un *in crescendo* de movilizaciones y asambleas por boleto estudiantil y presupuesto que recorre todo el país, incorporando incluso a las universidades del conurbano cuyo estudiantado comienza a apropiarse de la tradición de lucha de los universitarios en Argentina.

En este contexto, que combina sectores privados con estatales, servicios con industrias, el sur del país hace gala de su combatividad. Desde fines de febrero, cerca de treinta gremios de Tierra del Fuego entraron en huelga contra un paquete de leyes que incluye reducción salarial, aumento de edad jubilatoria y anulación de paritarias para 2016. Comenzó así una dura lucha que incluyó movilizaciones de 15.000 personas, cortes de ruta y un acampe frente a la Casa de Gobierno ante los que, dejando claro que el ajuste no es propiedad del macrismo, la gobernadora kirchnerista Rossana Bertone respondió con una ola de razzias, allanamientos y detenciones. Un poco más al norte, el paro de los petroleros de Chubut y Santa Cruz generó, el viernes 6 de mayo, una masiva marcha en Comodoro Rivadavia. El “Comodorazo”, como lo llamaron algunos, reunió a más de 50.000 trabajadores del petróleo, la UOCRA, bancarios, municipales, de ATE y ATE Salud, docentes, choferes de taxi, trabajadores del gas privado, de la UTA, el Smata, entre otros. Paralelamente a la concentración en la ciudad, hubo piquetes y cortes a lo largo de la Ruta Nacional N° 3.

En síntesis. Lo que falta no son las fuerzas ni las ganas de combatir, lo que falta es una política que las unifique y potencie. Un paro general es lo mínimo. Habrá que conquistarlo *contra* los muchachos del palco del 29 y para vetar la Ley de la Felicidad de Macri. ●

1. Véase el artículo, “Un león herbívoro” en *Crisis* online, mayo 2016.

2. Véase “La democracia y la meritocracia” en *Panamá*, mayo 2016.

3. Véase Paula Varela, *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense 2004-2014*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2015.

4. Nombre con el que se presentaron en 2008 a las elecciones de la Seccional San Fernando del SUTNA.

5. Véase Paula Varela, ob. cit., p. 57.

6. El nuevo MAS, que fue parte del proceso de 2007-2008, no forma parte del Frente Unidad.

7. Ver *La izquierda diario TV* en www.laizquierdad diario.com.